

El lenguaje de la 'descalcez' en Santa Teresa

Juan Antonio Marcos
(Universidad P. Comillas, Madrid)

Es Santa Teresa uno de los referentes más fascinantes para el estudio de la lengua en el siglo XVI. En su escritura siempre buscó sobreponerse a los condicionantes pragmático-contextuales que colgaban cual pesada rémora frente a su poder creativo: tales como los destinatarios de sus obras (el primero el censor); las dificultades metalingüísticas ante el tema tratado (la experiencia mística); la situación personal (origen judeoconverso) y la época ('tiempos recios'); y ante todo el sexo, su condición de mujer en la Castilla del siglo XVI ('basta ser mujer para caérseme las alas'). Y además mujer orante (en un clima de sospechas generalizadas) y lectora empedernida, otro alentador de suspicacias.

La 'descalcez' del lenguaje teresiano es incomprensible sin el fondo y trasfondo de todo lo dicho. Nuestro análisis, fundamentalmente de carácter inmanente y sincrónico, apegado al texto en sí, quiere poner de manifiesto algunas de las constantes que definen y caracterizan dicho lenguaje, como son: *naturalidad y llaneza, sospecha y confianza, desengaño y libertad*. Somos conscientes de que la nuestra es una selección parcial, pero creemos que lo suficientemente expresiva y ostensiva del lenguaje de santa Teresa visto desde la ladera de la descalcez.

1. La 'naturalidad' (frente a toda forma de afectación) es término que se consagra de la mano de Juan de Valdés y su famoso *Diálogo de la lengua* (1535-36). Y sin duda alguna es la palabra mágica para caracterizar no sólo el lenguaje, sino también la persona de Teresa y toda su espiritualidad, sus percepciones fenomenológicas de lo divino. Y junto a la 'naturalidad' (término ausente en los obras de Teresa), la otra gran palabra que sí podemos localizar en los escritos teresianos es 'llaneza', que unida a 'claridad' y 'verdad' (sin duda la que cuenta con más recurrencias) terminan por dibujar de una manera más que autorizada el lenguaje de la mística abulense.

Dentro de la 'naturalidad', y como extensiones de la misma, hay que llamar la atención sobre los así llamados 'estilos' teresianos, especialmente sobre lo que podemos denominar una 'estética del descuido intencionado' (o 'del desdén', como la caracterizó Jiménez Lozano), del desaliño o de la 'elegancia desafeitada' (en las precisas palabras de Fray Luis de León). Contemplado el discurso teresiano desde la gramática del texto, la multitud de mecanismos de cohesión usados por la Santa (especialmente los marcadores reformuladores), unidos a la oralidad y a la planificación sobre la marcha de sus obras, nos sitúan de nuevo dentro de la etiqueta y paraguas de la 'naturalidad'.

La finalidad pragmática de casi toda su obra (incluido el epistolario), donde el principio clásico del 'docere et movere' parece empapar cada página escrita por Teresa, nos ayuda a desvelar otro de los caracterizadores de su lenguaje: el

principio de la relevancia (cf. Sperber y Wilson), que es siempre el que guía la progresión de su discurso. Y porque para Teresa lo realmente importante es contar lo que hace al caso y lo que viene a cuento, aunque ello suponga salirse del hilo del discurso con continuas digresiones: y aquí la expresión preferida por nuestra escritora es ‘mucho me he divertido’. Otro elemento de la oralidad, y por ende, de la naturalidad del discurso teresiano.

2. Las hermenéuticas de la sospecha (P. Ricoeur) y de la confianza (E. Levinas) constituyen otros dos poderosos indicadores de la ‘descalcez’ en lenguaje, en vida y en espíritu. La primera, la hermenéutica de la sospecha, tiene la virtud de hacer aflorar un lenguaje sin maquillajes, carente de adornos y ‘afeites’, y denunciador de todo lo que ante los ojos atentos de esta mujer, aparecen como realidades ‘postizas’. Denuncia que, a través de la pluma teresiana, se extiende a todos los ámbitos de la vida: al ámbito social con su abierta e indisimulada crítica frente a las así llamadas ‘autoridades postizas’ y ‘honras’ de mentira; y al ámbito sociolingüístico cuando Teresa pone el dedo en la llaga de fastidiosos formalismos de cortesía verbal, presentes tanto en la conversación como en el género epistolar.

La hermenéutica de la confianza o de la alteridad (E. Levinas) sitúa el lenguaje de Teresa en el ámbito de la ‘transparencia’ (por la que clamaba Juan R. Jiménez en sus versos): esta transparencia se deja traslucir una y otra vez a nivel de metalenguaje, especialmente en la lucha titánica que Teresa emprende con las palabras, el tema de la inefabilidad, el afán comunicativo, etc. Y uno de los mayores encantos del discurso teresiano: la constancia que deja al lector del proceso creador, que nos permite convertirnos en espectadores del discurso interior de nuestra narradora. Si ‘andar en verdad’ decide la antropología teresiana, no menos se decide aquí su lenguaje y su espiritualidad, en la que no hay espacio para las dobleces o las trastiendas.

La ‘descalcez’ se puede (y se debe) poner en conexión, en el caso de Teresa, con la ‘desnudez’ (3M 1,8), con ese ‘desnudarse’ ante el lector (ante el censor, ante sus monjas, ante nosotros hoy) que continuamente practica Teresa en todo un ejercicio de alteridad. Todo un ‘striptease’ que, humanamente supone derribar muros y hacer que afloren ante los demás los paisajes del alma, con lo que conlleva de reconocimiento de la propia vulnerabilidad. Constituye ese confrontarse con el otro (su autobiografía es un ‘relato confesional’), toda una ‘hemorragia narcisista’ (J. Kristeva) que le permitió a Teresa conocerse a través de los demás. Y en ese juego de *conocerse en el ser conocida y ‘tentada’ por los demás*, fue adquiriendo toda esa enorme sabiduría sobre la condición humana que dejan translucir sus escritos.

3. Finalmente, y en una línea muy cervantina y calderoniana, en anticipo del Barroco, otro elemento clave de la ‘descalcez’ teresiana es el desengaño existencial, el desencanto social y la apuesta por la libertad. Y la concepción de la vida como sueño, algo que en Santa Teresa brota de la propia experiencia. Y es este desengaño ante las cosas del mundo, desengaño ‘que viene de arriba’ y que está provocado por el encuentro con lo Real Último, lo que crea en la Santa esa sensación según la cual se figura “andar en un sueño”. Experiencia que se revela a

su vez como potenciadora de la libertad en un mundo y una sociedad que se la negaba ante todo y sobre todo por ser mujer.

Quizá más que ninguna otra cosa, el lenguaje de la 'descalcez' es el lenguaje de la libertad en su sentido más dilatado, también la libertad interior, la libertad del espíritu. Libertad que se pone de manifiesto en los más diversos ámbitos de la vida: el personal (condición de mujer e interioridad), el comunitario (frente a murmuraciones...) y el social (con los señoríos y la pobreza). Dicha libertad arranca desde el mismo proceso de la escritura, donde las retóricas apelaciones al 'mucho atrevimiento' se multiplican por doquier: "Mucho me atrevo. Rómpalo vuestra merced si mal le parece".

En todo caso, la clamorosa falta de libertad con que se encuentra Teresa, en la sociedad de su tiempo, por ser mujer, se ve compensada con apelaciones a la interioridad: "¡Oh, pobre mariposilla [ella misma], atada con tantas cadenas que no te dejan volar lo que querrías!". Frente a esa falta de libertad, Teresa busca refugio en la propia interioridad, como espacio en el que se sabe a salvo, como lugar privilegiado para vivir una libertad que se le negaba socialmente: "Me parece os será consuelo [hermanas] deleitaros en este castillo interior, *pues sin licencia de las superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora*". Cuando el exterior se vuelve hostil, el místico se pone a resguardo en sus más íntimas moradas interiores.